

valor para nosotros los escritos originarios que pertenecen a las dos primeras categorías; las otras dos justifican solamente la historia de la tradición. Por desgracia no nos encontramos en aptitud de rectificar en todos los casos el juicio que forma el epitomista de los escritos justificativos originarios, juicio que solo puede tener algún valor para nosotros cuando se apoya en datos más antiguos ó cuando lo vemos confirmado en otros justificantes.

El libro del epitomista anterior al cautiverio ha sido aumentado con un final por un escritor deuteronomista que vivió por los años 561 y que se adhirió por completo al plan de su predecesor. Como éste, su juicio de lo pasado se conforma en un todo con las ideas del Deuteronomio. Sin embargo, narra con mayor extensión y mayor variedad, y sus fechas son más exactas. La circunstancia de que escribió después de la destrucción del Estado judaico da lugar á que en un punto importante discrepe su apreciación histórica de la del epitomista anterior. De las manifestaciones de éste sobre Josías debemos deducir que abrigaba la esperanza de que la reforma hecha en tiempo de aquel rey evitaría la inminente ruina del Estado. El continuador de la historia de los reyes sabía que esta esperanza se había frustrado; se hace la pregunta de cómo fué posible la ruina del Estado á pesar de la reforma de Josías, y encuentra la contestación en el concepto jeremiaco (1) de que los pecados de Manasés habían sido demasiado grandes para que pudieran ser perdonados. Procura concordar con esta convicción el libro de los Reyes anterior al cautiverio, si bien no lo consigue del todo. Coloca varios pasajes antes de 2. Reyes, 23, que dejan traslucir también la ruina del Estado judaíta, véase 2. Reyes, 17, 19, 21, 10-15, 23, 26, 27. También la plática de Salomón, 1. Reyes, 8, 4-9, y las leyendas del sacrificio de Jeroboam, 1. Reyes, 13, pueden haber sido intercaladas por él, borrando además el oráculo primitivo de la profetisa Hulda y sustituyéndolo con 2. Reyes, 22, 15-20, que interrumpen en cierto modo la unidad del relato.

Hasta ahora hemos dejado de manifestar nuestra opinión acerca del tiempo en que vivió este segundo reformador deuteronomista de la historia de los reyes, limitándonos á colocarlo por los años 561. Su exacta aparición como escritor depende del juicio que se forme de los números sincrónicos del libro de los Reyes incluyendo los datos sobre el reinado de cada uno de ellos tales como se encuentran en la actualidad. Si se le releva de éstos y se derivan de una reforma del libro de los Reyes más moderna y posterior al cautiverio, en este caso le podemos considerar como de la época de éste; pero si los atribuimos á él mismo, habrá que considerarle como posterior al cautiverio, porque las cifras del libro de los Reyes pertenecen á un sistema cronológico en el cual los años de gobierno de los reyes — desde el IV año de Salomón — forman juntamente con los 50 años del cautiverio un período de 480 años, esto es, de 12 generaciones de 40 años cada una, así como para la misma apreciación de la historia se cuenta desde la salida de Egipto hasta la edificación del templo un período igual de 480 años.

6. La literatura profética.

Una fuente de muy singular importancia para escribir la historia del pueblo de Israel es la literatura profética que ha llegado hasta nosotros. Los profetas nos ofrecen una gran abundancia de pormenores lo mismo sobre sucesos históri-

(1) Jeremías, 15, 4: «Y entregarélos para ser maltratados por todos los reinos de la tierra, á causa de Manasés, hijo de Ezequías, rey de Israel, por lo que hizo en Jerusalén.» Esta misma convicción tienen por base los v. 7, 28 y siguientes.

cos que sobre el desenvolvimiento de la religión y de las costumbres en el antiguo Israel, detalles sin los cuales no sería en manera alguna posible representarnos una imagen fiel de los siglos VI hasta el VIII, porque como ya hemos visto en los estudios anteriores, los libros de historia que tratan de estos aspectos, no solo son por demás mezquinos, sino que lo que relatan es considerado desde falsos puntos de vista. Ciertamente que al valerlos de la literatura profética no debemos echar en olvido que los juicios que emite sobre personas y circunstancias históricas son hijos del espíritu de partido; pero como el movimiento profético es de tal naturaleza, que corre en línea recta é invariable hácia un fin determinado y, por lo mismo, nos son conocidos con exactitud sus puntos de vista, podemos comprobar ó rectificar sus juicios. Por otra parte, debemos también considerar que un escritor que no va ex profeso á redactar asuntos históricos bajo determinados principios, sino que casualmente los toca al desenvolver sus ideas, nunca ejercerá influencia transformadora en el material histórico en tan alto grado como el historiador que procede según aquellos principios. Según el prisma al través del cual las mire, podrá tal vez juzgar equivocadamente á las personas y las circunstancias, pero con dificultad llegará en todos los casos á sacar las consecuencias naturales de sus ideas, y, por lo tanto, nos comunicará algunos rasgos bastante exactos que nos servirán para rectificar los inexactos.

En el aprovechamiento de la literatura profética hay que tener muy en cuenta otro punto por lo general descuidado. El producto literario de las profecías, tales como las ha conservado el Antiguo Testamento, no representa más que su desarrollo en línea recta; pero las ideas humanas, como ya dijimos antes, no se desenvuelven dentro de moldes tan regulares; así es que en aquellos mismos escritos encontramos indicios suficientes para colegir que el desenvolvimiento de las profecías fué en un tiempo mucho más rico y variado. Los falsos profetas, á los cuales combaten los autores de los escritos proféticos que poseemos, son representantes de aspiraciones opuestas y han redactado también obras proféticas. Pero, como se comprende, solo han sido transmitidas las obras de aquellos profetas que están en conformidad con las ideas que alcanzaron la victoria y fueron aceptadas por la generalidad, sirviendo también de norma para esta aceptación la circunstancia de haberse realizado algunas de las profecías. Así fueron desechadas todas aquellas que, al revés de la de Jeremías, habían profetizado el triunfo del Estado judaíta sobre Babilonia (2). Pero cuando se trataba de la introducción ó no introducción de un documento profético en el cánon, no era siempre cosa tan fácil distinguir si una obra pertenecía ó no á determinada aspiración, y así, precisamente, la colección de los escritos de los profetas ha sufrido una reforma radicalísima en el material transmitido, bajo los puntos de vista y por los medios descritos en las páginas anteriores.

Bastará que hagamos resaltar aquí la importancia general de la literatura profética, reservándonos tratar más detalladamente de las varias obras que la componen cuando tratemos de la época de su formación.

7. Las Lamentaciones.

Una fuente de excelentísimo género, aunque solo ilumina un corto período — el inmediato posterior á la destrucción de la ciudad y del templo por los caldeos — son las Lamentaciones, que, con poco fundamento, se atribuyen por la tradición

(2) Véanse las demostraciones del autor en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, págs. 7 y siguientes.

al profeta Jeremías. Su puesto primitivo en el cánon Ketubim estaba entre el libro de Ruth y el Eclesiastes, donde se hallan todavía en las Biblias hebreas. En las alemanas se encuentran, de acuerdo con los LXX, después de las profecías de Jeremías, debido sin duda á la opinión ya indicada de que Jeremías fué el autor de las Lamentaciones, opinión que ya se manifiesta en el prefacio de la traducción griega de éstas y que parece también indicarse en 2. Crón., 35, 25.

8. El libro de la Crónica (1).

Al tratar del libro de los Reyes demostramos lo escasas que eran por lo general las noticias contenidas en él sobre la época del establecimiento de la monarquía. Ahora bien, no pocos sucesos acerca de los cuales echamos de menos con dolor amplios detalles en el libro de los Reyes, se hallan referidos con más rica abundancia de datos en otro libro del Antiguo Testamento, en el de la Crónica (2), escrito por los años 300

(1) El primero que apreció con exactitud la relación de la Crónica con los libros históricos más antiguos fué W. M. L. de Wette («Contribuciones á la Introducción del Antiguo Testamento», I, Halle, 1806). Los trabajos dirigidos contra las conclusiones de De Wette han confundido más que adelantado la cuestión. También aquí fué Graf el que dirigió de nuevo hácia el buen camino la investigación («Libros históricos del Antiguo Testamento», págs. 114 y siguientes). En los últimos tiempos (lo mismo que De Wette antes) J. Wellhausen ha investigado sistemáticamente toda la apreciación histórica del autor de la Crónica y las modificaciones que se debieron de introducir en el antiguo material de transmisión (*Historia de Israel*, I, págs. 177 y siguientes), y defendido victoriosamente el punto de vista de De Wette.

(2) Estamos ahora acostumbrados á hablar de los libros de la Crónica si bien en el original hebraico formaban primitivamente uno solo. Los LXX lo dividen en dos, *Paralipomenon*, esto es, suplementos: la opinión que tiene por base esta denominación, esto es, que la Crónica sea un complemento de los demás libros históricos del Antiguo Testamento, es errónea, según ya hemos observado. Igualmente injustificada es la división en dos libros, que procedente de los LXX no solo se encuentran en las Biblias latinas y alemanas sino también en la impresión hebrea hecha por Daniel Bomberg. La Crónica no es el libro histórico del Antiguo Testamento de mayor extensión, pero sí el que más abraza, pues trata, aunque con bastante desigualdad, la historia desde la creación del mundo hasta el cautiverio. Se divide en cinco partes: primera, las Genealogías, 1. Crón. 1-9; 2.ª, la historia de David, 1. Crónica, 10-29; 3.ª, la historia de Salomón, 2. Crón. 1-9; 4.ª, la historia del reino de Judá hasta la destrucción de Samaria, 2. Crón. 10-28; y quinta, la historia del reino de Judá desde la destrucción de Samaria hasta la de Jerusalén, 2. Crón. 29-36. El autor no habla de la historia del reino del Norte, si bien parte de la hipótesis de que el pueblo se había compuesto de doce tribus organizadas. Los habitantes del reino del Norte son para él cismáticos. La historia de las varias tribus de este reino queda hecha con el recuento de las genealogías. Al libro de la Crónica pertenecieron también en otro tiempo, como su continuación, los actuales de Esdras y Nehemías. Dedúcese esto con toda precisión de que los v. finales de la Crónica (2. Crón. 36, 22 y siguientes) son iguales á los v. con que principia el libro de Esdras (1, 1-3), sin que puedan ser tachados ni en una ni en otra parte. El libro de Nehemías es á su vez continuación del de Esdras, pues que con el nombre de este último y formando un solo libro se encuentran entre los judíos palestinos y babilónicos. La división en dos libros fué hecha por los judíos griegos, que designan el de Nehemías como el segundo de Esdras, y así lo aceptaron los cristianos.

La segunda parte de la obra histórica que contenía los libros Crónica, Esdras y Nehemías, esto es, los actuales libros de Esdras y Nehemías, fué primeramente introducida en el cánon como la primera parte, ó sean los actuales dos libros de la Crónica. Dió lugar á esta circunstancia, extraña á primera vista, que sobre los tiempos de Esdras y Nehemías no se poseía ninguna otra obra histórica, mientras que los tiempos de que trataba la Crónica estaban ya representados por antiguos libros históricos. Con esto se explica que la segunda parte del libro (Esdras, Nehemías) se colocara en el cánon antes de Daniel y detrás de éste la primera (Crónica). En las Biblias latinas y alemanas, siguiendo el precedente de los LXX, se encuentran los libros de la Crónica después de los de los Reyes. Que toda la obra no pudo ser redactada antes del año 300 se deduce de que Neh., 12, 22, llama al rey Darío Codomano sencillamente Darío el persa — el autor conoce, pues, otros reyes Daríos

antes de Cristo, y con más frecuencia hallamos también nuevos y discrepantes detalles sobre asuntos comprendidos en el libro de los Reyes.

Al tratar de la historia del pueblo de Israel es ajeña costumbre completar las noticias del libro de los Reyes con las de la Crónica, como si quisiéramos cubrir con carne de ésta el esqueleto de aquel. El procedimiento es cómodo y hasta los críticos no se avergüenzan de emplearlo (3). Las aclaraciones que hemos expuesto al principio de esta obra habrán llevado al ánimo del lector la convicción de que todo el uso que se haga de la Crónica como fuente de la historia anterior al cautiverio, que no esté justificado por motivos muy especiales, debe ser rechazado, negando todo crédito á los datos que nos suministre y que no se encuentren igualmente en los libros de historia más antiguos ó que á lo menos correspondan á la más antigua tradición que según éstos se les haya de suponer. No hay que decir que el cronista se ha tomado prestado de escritos originarios, perdidos para nosotros, lo que no ha sacado de los libros más antiguos conservados en el cánon. Esto no solo es posible demostrarlo sino que en algunos relatos lo ha sido ya (4); pero no conduce sino á trasladar la responsabilidad de tales datos de la Crónica, del cronista á otros autores anteriores, en lo que todo lo más podría tener interés, por motivos apologeticos más ó menos claramente manifestados, quien encontrase reparo en que un libro admitido en el cánon ofreciera una reforma interesada de la antigua tradición. Sin embargo, si el cronista no ha llevado á cabo la reforma de la antigua tradición, debe de haberla realizado un predecesor suyo, identificado con su manera de pensar, y sin otros datos escritos sobre el tiempo pasado más que los que han llegado hasta nosotros en los más antiguos libros del cánon. El procedimiento observado en la formación de los cánones, descrito detalladamente en las páginas anteriores, hace de todo punto improbable que se hayan conservado posteriormente á la reforma deuteronomista, obras originarias más antiguas de las que tuvo aquella presentes. Todo lo que existía todavía de noticias antiguas pereció muy pronto seguramente, en lo que no fué de importancia permanente para determinadas familias, como, por ejemplo, las genealogías de Judá. Por otra parte, la circunstancia de que todos los relatos de la Crónica que notoriamente no se derivan de los libros canónicos más antiguos tienen

que no son persas — y de que hace mención del supremo sacerdote Jaddua, contemporáneo de Alejandro Magno. Por otra parte, con las listas genealógicas de la Crónica se obtiene un resultado igual. Se cuentan en la genealogía de la casa de David seis generaciones después de Zorobabel, y si contamos cada generación á razón de treinta años, llegamos hasta 330, y contándolas á cuarenta bajamos á algo menos de 300.

(3) Aun hoy se usa. Ya Graf en 1865, al terminar su trabajo sobre la Crónica (Libros históricos del Antiguo Testamento, págs. 21 y siguientes) caracterizó este procedimiento con las siguientes suaves palabras: «De nuestra investigación se desprende que... el cronista en la exposición de la historia de este pueblo, la cual para él no era más que la historia de una Iglesia, la describía como aparecía reflejada por el infiel espejo del siglo IV. La antigüedad no conoce la marcada diferencia que acostumbramos á hacer entre descripción histórica y poesía épica, ó á lo menos la conoce muy poco; es arbitrario suponer en el autor de la Crónica el conocimiento de esta diferencia; su obra prueba más bien lo contrario, y es injusto censurarle porque no conozca ni observe los deberes de un historiador del siglo XIX. Por lo mismo es también una falta aprovechar su obra como una fuente primitiva de la antigua historia de Israel sin someterla á una crítica escrupulosa, colocándola al nivel de fuentes verdaderas más antiguas que no han sido revisadas ni transformadas por él, para amalgamar lo antiguo y lo nuevo por medio del añejo sistema armónico y llegar á formar una imagen poco clara y que no corresponda á ningún tiempo determinado.»

(4) Esto se vé con toda claridad en 2. Crón., 33-19. El cronista se refiere aquí á una fuente que contenía un cantar de Manasés que no ha sido tomado por él.

el mismo carácter literario, hace suponer que la fuente que en tal caso se pudo aprovechar fuera de éstos, debió de ser un producto muy moderno y que no pudo haber en modo alguno gran variedad de otras fuentes.

Verdad es que el cronista cita, en apariencia, diversos escritos, pero en realidad estas citas no se refieren á diferentes libros, sino á las distintas partes de una misma obra, y por cierto á una historia de los reyes reformada despues del cautiverio. Esta obra utilizada por el cronista está concebida en un espíritu idéntico al de la Crónica é interpreta como ésta la historia antigua desde el punto de vista del judaismo posterior al cautiverio. El verdadero título de esta obra era probablemente: «Mídrasch del libro de los Reyes,» 2. Crónica, 24, 27.

Mejor que por medio de investigaciones generales sobre la formación de la Crónica, creemos poder convencer al lector de la incredibilidad de aquellos de sus relatos que no están apoyados en fuentes mas antiguas, demostrándosela durante el transcurso de esta historia con ejemplos especiales y culminantes, exponiendo al propio tiempo las razones probables de la reforma de la antigua tradicion hecha en aquel libro.

En otro concepto puede utilizarse con provecho la Crónica para desbrozar la materia, esto es, para fijar el texto de los libros mas antiguos. El cronista ha introducido en su narración una gran parte del contenido de los libros de Samuel y de los Reyes (1), y este texto — en la menos leida Crónica — se ha librado mejor de adulteraciones mas ó menos arbitrarias; pero donde el cronista encontró alterado el texto primitivo, su testimonio nos es de interés, porque tambien las adulteraciones suelen tener sus vicisitudes al reproducir la tradicion.

9. Libro de Ruth.

Menos aun que la Crónica, puede considerarse este libro como fuente de los sucesos que relata. Cierto es que este tierno idilio se diferencia de la Crónica muy ventajosamente por sus conceptos; pero en cambio contiene menos historia que aquella. El libro de Ruth es una poesía posterior al cautiverio (2) redactada con el objeto de hacer derivar la casa de David de una mujer moabita que abandona patria, familia y religion para adherirse á Israel, y en recompensa se la convierte en esposa de un noble judaíta y en abuela de David. Los miembros de la genealogía, que segun el libro de Ruth llegan hasta David, son todos anti-históricos. Los antiguos datos, en parte fidedignos, del libro de Samuel sobre David, no dan á conocer mas antecesores de éste que á su padre Isai.

10. Los Salmos.

Ewald é Hitzig hacen un uso muy frecuente de los cánticos de los Salmos, no solo para describir las evoluciones espirituales de tiempos anteriores al cautiverio, sino tambien para identificarnos con la manera de sentir de determinados personajes de aquellos tiempos. Esto está relacionado con el modo que tienen de apreciar los Salmos estos eruditos. El que como éstos y muchos otros opina que la poesía hebrea

(1) Wellhausen ha enumerado en Bleek: *Introducción al Antiguo Testamento*, págs. 285 y siguientes, los fragmentos paralelos de los libros de Samuel y de los Reyes por una parte y la Crónica por otra. Tambien se encuentran en de Wette: *Introducción al Antiguo Testamento*, octava edición, de E. Schrader, págs. 366 y siguientes.

(2) Así se explica que se encuentre en el cánon Ketubim. En otras Biblias está colocado de acuerdo con los LXX y la Vulgata en el cánon de los profetas, detrás de los libros de los Jueces. Esta transposición se explica porque lo relatado en el libro de Ruth se ve por 1, 1, que se refiere al tiempo de los Jueces

de los Salmos data del tiempo de David y que desde entonces acompaña á la historia de Israel un torrente de misticismo lírico, interrumpido solo temporalmente; el que fia á su propio sistema de crítica la demostración de los autores de determinados salmos, puede utilizar con este objeto sus cánticos; pero nosotros desistimos de ello, no solo porque consideramos una quimera la eficacia de semejante método crítico y creemos que aquellos sabios se hacen ilusiones respecto de la seguridad de las consecuencias que sacan, sino porque consideramos por encima de todo que su parecer sobre la época de la formación de los Salmos es un error de fatales consecuencias. Los Salmos no son producto del israelismo, sino del judaismo posterior al cautiverio: sus cánticos, tanto por sus conceptos como por su estilo (3), revelan su procedencia de aquel tiempo, así como tambien es característico de éste el misticismo que los informa. Antes del cautiverio faltaba, por decirlo así, hasta la base para la poesía de los Salmos. No pretendemos con esto que en ellos no se pueda encontrar algo anterior al cautiverio; pero si acaso se encuentra es muy poco y de escasa importancia. Por lo general, en cada uno de los salmos se observa la probabilidad de su origen posterior al cautiverio, y deberíamos hallar razones de suma importancia para que pudiésemos justificadamente aceptar la opinion opuesta (4).

11. Los escritos de Salomon.

Todos los libros del Antiguo Testamento de que hemos tratado en los párrafos 1 á 10, entre ellos los atribuidos á Salomon, como productos de las épocas del cautiverio y posteriores, no son fuentes para la historia de Israel durante el gobierno de los reyes.

II. Noticias procedentes de inscripciones.

1. La inscripción de Mesa, rey de Moab.

Este es el mas antiguo monumento que poseemos de la lengua y escritura hebreas, tal vez la única inscripción hebrea de la época anterior al cautiverio (5). Fué descubierta en 1878 por el pastor alemán Klein en las ruinas de la ciudad real de Daibon (ahora Diban) y comprada en el año 1879 para el Museo de Berlin. Sin embargo, á consecuencia de varios engaños é intrigas no llegó la piedra á poder de su comprador, habiendo sido rota, segun parece, por los vendedores, la tribu nómada árabe de los Beni-Hamide. Clermont-Ganneau consiguió hacerse con los fragmentos de esta piedra, la cual hoy figura en el Louvre (6). Mas adelante

(3) Véanse las razonadas demostraciones de F. Giesebrecht: «Sobre la época de formación de los Salmos,» en la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, págs. 276 y siguientes. El autor, sin embargo, da demasiada importancia todavía á las pruebas aducidas en favor de una composición mas antigua de los Salmos.

(4) Todavía se sustenta por muchos la opinion poco razonada de que en el libro de los Salmos deben existir algunos de David. El análisis que en el curso de esta historia tendremos que hacer de las tradiciones existentes acerca de David, convencerá al lector de que los propagandistas de aquella idea no se tomaron previamente la molestia de fijar los caracteres propios del David histórico.

(5) En el verano de 1880 se descubrió en Jerusalem, en la desembocadura del canal de la Roca, que conduce desde la fuente de María al estanque de Siloah, una inscripción bastante extensa en caracteres antiguos hebreos; contiene mas de ocho renglones, no pudiéndose fijar su número exacto porque la parte inferior está dentro del agua. Su lectura no ha podido hacerse todavía. Véanse: Socin, en la «Revista de la asociación alemana de Palestina,» tomo III, págs. 54 y siguientes, y la «Revista científica del Antiguo Testamento,» 1881, pág. 355.

(6) Sobre la historia de esta piedra y su significación para el conoci-

verán nuestros lectores reproducida esta piedra y traducida su inscripción. La legitimidad de ésta ha sido contradicha, aunque sin apoyarse los contradictores en razones suficientes (1).

2. Inscripciones asirio-babilónicas.

Estas son de valor inapreciable para la historia de Israel, no solo porque nos informan de muchas cosas, calladas en los escritos hebreos, sino porque hacen tambien mención de otras que vienen relatadas en el Antiguo Testamento. Como se comprende, sus noticias proceden de puntos de vista completamente diversos, y, por lo mismo, nos permiten rectificar á menudo los juicios parciales de los escritores hebreos. Finalmente nos ofrecen — y esta es su mayor utilidad — el único medio posible de fijar históricamente lo relatado por el Antiguo Testamento. Segun veremos en el siguiente capítulo, los antiguos hebreos jamás tuvieron una era, sino que contaron por años de los reyes ú otros sucesos importantes. Todo este género de tradicion, que encierra ahora el libro de los Reyes, no tiene validez alguna, porque todas sus fechas aisladas concuerdan ahora con un sistema de contar que solo fué formado en la época posterior al cautiverio, y han debido arreglarse artificioamente para este fin sujetándolas á una computación de períodos de 480 años. Solamente en la época de 722-586 se pueden comprobar satisfactoriamente los datos del libro de los Reyes con los de los Profetas. Por lo que se refiere á los tiempos anteriores al año 722 no dan ninguna luz; pero las inscripciones asirias nos prestan grandes servicios en este punto, porque los asirios y los babilonios tuvieron una cronología exacta. Los asirios designaban los años con el nombre de determinados empleados (entre los cuales se contaba al mismo rey), que eran epónimos de los años respectivos. Poseemos todavía en varios ejemplares que se completan, relaciones de estos epónimos que alcanzan desde el año 893 hasta el 666. En ellas se encuentran separados por medio de una raya los nombres de los varios epónimos; además, el conjunto de éstos que forman un reinado están á su vez divididos por una raya mas marcada. Estas listas tienen además el mérito de que muchas veces despues de los epónimos se citan sucesos excepcionalmente importantes, que han distinguido al año, como, por ejemplo, campañas de los reyes, etc. (2). De mayor importancia todavía por su contenido son las inscripciones de los reyes asirios y babilónicos. Entre éstas debemos distinguir las analísticas, que registran los hechos de un rey segun su orden cronológico, y las conmemorativas, que, prescindiendo de este orden, solo consignan los hechos segun su importancia y en orden correlativo (3). Un complemento en extremo va-

miento de la lengua hebrea, véase, para mas detalles, el tratado de gramática hebrea del autor, págs. 13 y siguientes.

(1) Esto fué ocasionado por haber coincidido el descubrimiento de esta inscripción con la aparición de gran cantidad de vasijas de barro moabitas con inscripciones y, en parte, con figuras extravagantes é indecorosas. Estas son una falsificación moderna.

(2) Lo mas moderno sobre este punto se encuentra en E. Schrader: «Inscripciones cuneiformes é investigación histórica,» Giessen, 1888, págs. 299 y siguientes. Una edición manual forma la primera parte del libro de H. Brandes: «Estudios para la historia del Oriente en la antigüedad,» Halle, 1874.

(3) Sobre la historia del arte de descifrar véase la «Literatura» en la gramática hebrea del autor, pág. 6. En la propaganda de estos estudios en Alemania ha contraído méritos especiales E. Schrader. Ha sido tambien el primero en utilizar los resultados de esta ciencia para el estudio del Antiguo Testamento. Véase su libro: «Las inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento,» Giessen, 1872. A. de Gutschmid se ha manifestado decidido adversario de la aplicación de los resultados de la asiriología: «Nuevas contribuciones á la historia del Antiguo Oriente,»

lioso de los datos asirios y que los sustituye tambien para la época posterior á la destrucción del imperio asirio, es el llamado «cánon de los Regentes ó de los Reinados,» debido al astrónomo y geógrafo egipcio Tolomeo, el cual, en lo que se refiere á Babilonia, procede de los apuntes de los astrónomos babilonios y nos da una relacion completa de los soberanos de Babilonia y sus años desde Nabonassar, siguiendo por la de los persas y macedonios y terminando con una enumeración de los emperadores romanos (4).

3. Inscripciones y papiros egipcios.

Estos tratan mucho menos de los israelitas y su historia que los asirio-babilónicos. Solo nos dan alguna luz sobre un suceso del tiempo antiguo: la expedición de Sisak contra Judá y el Sur de Israel (5). En cambio son de mayor importancia para los períodos de las guerras con los asirios y posteriormente con los babilonios; pero son sobre todo útiles para dar á conocer la situación histórica general. Disminuye su importancia el no haber tenido los egipcios, como tuvieron los asirios, una era y una cronología fijas. No obstante, sus datos cronológicos sirven á veces para comprobar las noticias hebreas.

Hasta ahora la historia egipcia ha sido utilizada por lo general para el estudio de la de Israel por aquellos que antes no habian investigado suficientemente el Antiguo Testamento, y por lo mismo se encontraban desorientados acerca de lo que esperaban encontrar en las inscripciones referente á asuntos hebreos (6). Así es que se han tomado un trabajo ímprobo para hallar noticias sobre Moisés y la época de la servidumbre en Egipto, y han creído tambien hacer el feliz descubrimiento de los antiguos hebreos en un nombre, *Apu-riu*, que solo tiene de comun una *r* con el de *hebreo*. El lector de nuestra historia se convencerá muy pronto de que todo este trabajo de investigación era inútil.

CAPITULO II

LA CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA DE ISRAEL

Al terminar el anterior capítulo indicamos que los datos cronológicos para la historia de Israel solo están determinados con seguridad por lo que toca á la época desde la destrucción de Samaria (722) en adelante, pues que aquí los datos del libro de los Reyes fueron comprobados por los casuales de los escritos proféticos. Sostuvimos tambien que en lo tocante á la época desde el año 722 atrás, los datos cronológicos de las inscripciones asirias eran los únicos que ofrecían la posibilidad de fijar hasta cierto punto el curso cronológico de la historia de Israel. Creemos asimismo deber recordar ahora que estos datos son igualmente de gran utilidad para la primera época; que para el mismo fin podían aprovecharse algunas inscripciones egipcias, y que para el período desde la subida al poder de Nabonassar de Babilo-

Leipzig, 1876. Este libro influyó muy útilmente y recomendó la prudencia, pero fué mas allá de donde debía. Schrader ha contestado victoriosamente á los puntos principales de este ataque en la obra ya citada en la nota anterior.

(4) Sobre el origen y significación de este trabajo, hecho con fines astronómicos y matemáticos, véase L. Ideler: «Manual de la cronología matemática y técnica,» Berlin, 1825, I, págs. 109 y siguientes. Marcus von Niebuhr: «Historia de Asur y Babel desde Phul,» Berlin, 1857, páginas 9 y siguientes.

(5) En el curso de esta historia volveremos á tratar este punto y con tal motivo daremos una reproducción de la inscripción respectiva.

(6) Esta circunstancia quita su valor á los trabajos de los asiriólogos ingleses, franceses y tambien muchos alemanes.